

## **Evangelizar en tiempos de vulnerabilidad: Trazos para una pastoral resiliente**

### ***Evangelizing in Times of Vulnerability: Traces of a Resistant Ministry***

**Nathanael Javier Flores Vargas<sup>1</sup>**

Universidad Pontificia de Salamanca  
nathanaeljfv@yahoo.com  
<https://orcid.org/0000-0002-8563-033X>

Recibido: 16/11/2020

Aceptado: 10/06/2021

*Resumen:* Hoy, los cristianos deben participar activamente de la tarea de anunciar a Jesucristo, no solo a nivel individual, sino que las comunidades cristianas deben ser protagonistas y corresponsables de la misión de la Iglesia. Esto implica crecer en la comunión, además de ser solidarios frente a las experiencias de sufrimiento. Por ello, en el cristianismo es necesario promover la resiliencia como esa capacidad de recuperarse frente a situaciones adversas, pero también de salir de ellas más fortalecidos, renovados y convertidos.

*Palabras clave:* Vulnerabilidad, resiliencia, espiritualidad, experiencia religiosa, comunidades cristianas.

*Abstract:* Today, Christians must actively participate in the task of announcing Jesus Christ, not only at the individual level, but Christian communities must be protagonists and co-responsible for the mission of the Church. This implies growing in communion, in addition to being in solidarity in the face of experiences of suffering. For this reason, in Christianity it is necessary to promote resilience as that ability to recover from adverse situations, but also to emerge from them stronger, renewed and converted.

*Keywords:* Vulnerability, resilience, spirituality, religious experience, Christian communities.

<sup>1</sup> Doctorando en Teología Práctica, Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca.

## 1. Introducción

El punto de partida en el cristianismo es la tarea de evangelizar: comunicar la buena noticia de Jesucristo muerto y resucitado. Esta labor es central para todos aquellos que se sienten identificados con ser cristianos a través de una iniciación que se hace tangible mediante el bautismo. La vida de los creyentes está puesta en ser discípulos y misioneros de Jesucristo, que invita a compartir la buena noticia del amor que Dios tiene al mundo. Por otra parte, entre las ciencias humanas y la evangelización existe una estrecha relación: en principio, a las primeras corresponde el estudio del comportamiento, la condición y el desempeño del ser humano. De este modo, los estudios humanísticos deben ayudar en la búsqueda de una conciencia refleja y explícita de la fe de los cristianos, en el sentido de que la teología es una disciplina que se encuentra dentro del cultivo de las humanidades y existe en función de la Iglesia, a la que corresponde necesariamente la misión de evangelizar. Por ello, es necesario recordar que la teología en el contexto actual debe inspirar y animar la intención evangelizadora de los cristianos. Esto se enfatiza desde los antiguos manuales de teología pastoral, en los que se distinguía entre evangelización y catequesis: la evangelización era el primer anuncio de Jesucristo dirigido a aquellos que no lo conocían todavía, mientras que la catequesis era la enseñanza dirigida a los ya convertidos. Sin embargo, en 1975 la *Evangelii nuntiandi* de Pablo VI designó toda la pastoral de la Palabra dentro del concepto de evangelización, incluyendo el primer anuncio de Jesucristo y la catequesis, y desde entonces se ha generalizado su uso. Indudablemente, el uso antiguo respondía mejor al significado original.

Por consiguiente, la teología es una actividad sistemática por medio de la cual se toma conciencia de la fe y se proyecta vivirla. En otras palabras, la fe tiene que ser reflexionada desde el testimonio, teniendo presente que no es una cuestión de obrar, sino principalmente de ser. En este sentido, es fundamental que los cristianos realicen su misión de anunciar y extender el Reino de Dios en la radicalidad de vivir el Evangelio con base en 1. La familiaridad con Dios; 2. La igualdad humana de verse como hermanos; 3. El servicio; 4. La libertad; 5. El compartir frente al atesorar; 6. El ser solidarios los unos con los otros; y, 7. El amor incondicional. Comunidades que puedan lograr la vivencia del Evangelio de este modo, serán sociedades de contraste<sup>2</sup>.

Esto lleva a la reflexión de que, en realidad, el sujeto último de la actividad teológica es, de alguna manera, toda la comunidad de los cristianos. De ahí que

<sup>2</sup> Cf. L. González-Carvajal Santabárbara, "El sujeto evangelizador en un mundo globalizado", en G. Uríbarri Bilbao (ed.), *Contexto y nueva evangelización*, Madrid 2007, 101-105.

la teología tiene la misión específica de ser servidora de la Iglesia, con la finalidad de que todos sus miembros puedan alcanzar algún grado de conciencia refleja de su existencia y de sus proyectos evangelizadores. La teología, hoy más que nunca, tiene como uno de sus cometidos despertar y animar de nuevo la conciencia evangelizadora de los cristianos. De este modo, se debe considerar como una actividad pastoral al servicio de la Iglesia<sup>3</sup>.

Pero la Iglesia no debe ser una especie de agencia de servicios sociales y de caridad, sino que debe ser la permanente y eficaz presencia de Cristo en el mundo y, por ende, sacramento de misericordia como *Christus totus*, como Cristo cabeza y sus miembros. Así, la Iglesia se encuentra en las personas más necesitadas y, por ello, la vida de la Iglesia y del cristiano debe girar en torno al Evangelio de la misericordia que es el propio Jesús, pues se ha de tener en claro que una Iglesia sin caridad y sin misericordia no es ya la Iglesia de Jesucristo. Estas afirmaciones resultan básicas para poder ver la esencia y misión de la Iglesia, pues cuando ésta da testimonio de la compasión divina, no solo anuncia la verdad sobre Dios, sino también la verdad sobre los seres humanos, porque la verdad más profunda es que Dios es el amor que se dona a sí mismo y siempre está dispuesto a perdonar (1 Jn 3,8.16)<sup>4</sup>.

Reconocer esta verdad es una necesidad urgente, pues en la mayor parte del territorio latinoamericano se vive una diversidad de situaciones de violencia como asaltos, maltrato, delincuencia organizada, impunidad y corrupción que afectan a las comunidades cristianas. De manera admirable, hay muchas personas en quienes resurge una fortaleza que les impulsa a seguir adelante y a enfrentar la vida a pesar de las continuas dificultades en que se encuentran. No obstante, la mayoría de las veces este reto lo realizan solas, lo que provoca que en muchas ocasiones se resalte la individualidad y se experimente rabia, coraje y angustia al no poder evitar esas situaciones inhumanas. Para las comunidades cristianas esto implica un reto: observar las heridas que causan la violencia, pobreza, exclusión social, el abuso y maltrato, y brindar atención pastoral. Para ello, habrá que buscar elementos internos y externos que puedan ayudar a las comunidades cristianas a afrontar los acontecimientos adversos que viven, y observar cómo la fe en Dios puede animar a construir la capacidad de actuar adecuadamente frente a situaciones desfavorables.

Por ello, en este artículo se presenta la influencia de la fe cristiana frente al paradigma de la resiliencia que investiga y analiza la capacidad de las personas y los grupos para superar situaciones adversas y traumáticas. Este paradigma,

<sup>3</sup> Cf. A. Ramírez, "El papel de la teología en la evangelización de la cultura desde sus raíces", *Cuestiones teológicas* 28 (1983) 16.

<sup>4</sup> Cf. W. Kasper, *La misericordia: clave del Evangelio y de la vida cristiana*, Santander 2015, 155-177.

sin ignorar la relevancia de otros estudios, propone un cambio de óptica enfocándose en las capacidades de individuos y grupos para resistir y recuperarse después de experiencias de enorme sufrimiento; en lugar de centrarse en las debilidades, síntomas, enfermedades y deficiencias. En la resiliencia se trata de descubrir cuáles son los factores de protección, los pilares que promueven la resistencia, la influencia positiva de las fuerzas ambientales y las habilidades personales para reaccionar y superar adversidades. Considerando el contexto latinoamericano de violencia, pobreza, exclusión social, abuso y maltrato, es importante pensar de qué manera la fe puede ayudar a promover la resiliencia ante las difíciles situaciones que enfrentan, particularmente, los latinoamericanos.

Ante esto, se pone de relieve que el deseo de muchos latinoamericanos es lograr mejores niveles de vida y de educación. Pero disfrutar y admirar la fascinación de la ciudad también arrastra a los hombres del campo hacia lo citadino, introduciéndolos en un contexto que no se entiende y que se experimenta como caos: al mirar la ciudad desde la óptica de sus habitantes se puede reconocer la vida urbana como un drama, en el que las ilusiones, aspiraciones y los anhelos se ven frustrados o cumplidos con gran esfuerzo y sacrificio. Las ciudades y los elementos que las componen son casi enteramente formas de procesos a los que no se les han puesto nombres, o bien, no se ha reparado en que, comprendidos los mecanismos normales de causa y efecto, es posible dirigirlos, si queremos<sup>5</sup>.

Ante estas realidades, hay que disminuir el lenguaje verbal y potenciar el testimonial, volviendo a ser una Iglesia de casa, una comunidad donde todos juntos podamos discernir las necesidades de nuestro entorno. Esto desde luego, lleva a la aproximación del Dios Trinitario, quien es relación de personas, misión interpersonal, comunión plena y perfecta de personas en entrega diaconal mutua. Esta espiritualidad de comunión es lo que nutre la pastoral en la urbe<sup>6</sup>.

Finalmente, si la ciudad es una creación humana, entonces también es un organismo vivo en permanente construcción que refleja una sociedad inacabada, la cual requiere de la activa participación de todos los actores sociales. Pensar y habitar la ciudad implica comprender y aceptar que hay muchas ideologías, formas de pensar y actuar. Por ello, habrá que hacer mediaciones entre todos los habitantes para generar vínculos que permitan una sana convivencia<sup>7</sup>.

<sup>5</sup> Cf. J. Jacobs, *Muerte y vida de las grandes ciudades*, Madrid 2011, 259, 480.

<sup>6</sup> Cf. B. Bravo, *¿Cómo hacer pastoral urbana?*, México 2013, 259.

<sup>7</sup> C. A. Torres, "La ciudad espacio de inclusión y exclusión", en C. A. Torres - F. Viviescas - E. Pérez (eds.), *La ciudad: hábitad de diversidad y complejidad*, Bogotá 2000, 319.

## 2. Origen, definiciones e interdisciplinariedad de la resiliencia

Para abordar el origen de la resiliencia nos remitimos a la etimología latina *resilio, resilis, resilli*, que significa rebotar, reanimarse, ir hacia adelante<sup>8</sup>, y que en la Real Academia de la Lengua Española se define como la capacidad humana de asumir con flexibilidad las situaciones límite y sobreponerse a ellas, lo que implica ir hacia adelante después de haber padecido una situación dolorosa, o vivido una situación traumática<sup>9</sup>. Aunque estas definiciones se pueden encontrar en muchos textos, es necesario decir que el constructo de la resiliencia es cada vez más complejo y continúa evolucionando en un entramado transdisciplinar del que aún no se ha dado una sistematización, a pesar de las grandes aportaciones que hay en la actualidad.

El concepto de resiliencia comenzó a desarrollarse hace más de 50 años. Entre los pioneros se encuentran Michael Rutter<sup>10</sup> en Inglaterra y Emmy Werner<sup>11</sup> en los Estados Unidos, difundándose luego su estudio y concepto por Francia, Holanda, Alemania, España y América Latina. La visión norteamericana es principalmente conductual, pragmática e individual. Por su parte, la visión europea es psicoanalítica y ética; mientras que la visión latinoamericana asume una dimensión comunitaria desafiada por los problemas del contexto social<sup>12</sup>.

El desarrollo y la evolución científica de la resiliencia se pueden dividir en cuatro generaciones de investigación: En la primera (años 70) se tiene interés por factores o características personales que habían permitido a las personas superar adversidades (Werner y Smith, 1982; Rutter, 1985 y 1987; Anthony y Cohler, 1987; Garmezy, 1991). En la segunda generación (años 90) prestan particular atención a procesos y sistemas de regulación que explican cómo trabajan los factores protectores, analizando las influencias, contextos y acciones que se pueden adoptar (Rutter, Edith Grotberg, Kumpfer, Smith, Franklin, Luthar, Cushing, Bernard, Bonnano, Masten y Kaplan). En la tercera

<sup>8</sup> Cf. S. Ximenez, *Dictionarium manual latino-hispanum*, Madrid 1827, 656.

<sup>9</sup> Cf. E. Echeburúa, *Superar un trauma. El tratamiento de las víctimas de sucesos violentos*, Madrid 2004, 6-12.

<sup>10</sup> Para Rutter, la resiliencia se crea cuando hay tres procesos: la construcción de una autoimagen positiva, la reducción de los factores de riesgo y la ruptura con el ciclo negativo para abrir nuevas oportunidades. Cf. M. Rutter, "Psychosocial Resilience and Protective Mechanisms", en J. Rolf - A. Masten - D. Cicchetti - K. Nüchterlein - S. Weintraub (eds.), *Risk and Protective Factors in the Development of Psychopathology*, Cambridge 1990, 181-214.

<sup>11</sup> Para Werner, el término resiliencia refiere a tres usos a saber: buenos resultados de desarrollo a pesar de estar en alto riesgo; competencia sostenida bajo estrés; y recuperación del trauma. Cf. E. Werner - R. Smith, *Vulnerable but Invincible: A Longitudinal Study of Resilient Children and Youth*, New York 1982, 91-106.

<sup>12</sup> E. N. Suárez Ojeda - M. Munist - D. Rodríguez, *Seminario internacional sobre la aplicación del concepto de resiliencia en proyectos sociales*, Buenos Aires 2004, 9-18.

generación atenderán a la promoción de la resiliencia mediante programas de prevención, modelos de intervención y actuación política (Luthar, Masten, Le-comte, Bernard, Cyrulnik, Catalano, Berglund, Ryan, Lonczak y Hawkins). Y en la cuarta generación (actualidad), se hace uso de tecnologías avanzadas de medición y análisis de múltiples niveles de funcionamiento biológico y genético que influyen en la capacidad resiliente (Masten, 2007; Blender, 2006; Curtis y Nelson, 2003; Caspi y Moffitt, 2007; Panksepp, 2011; Rutter, 2012; Berry, Deater-Deckard, McCartney, Wang y Petrill, 2013; Watson y Bell, 2013; Werner, 2013; Kent, Davis y Reich, 2014)<sup>13</sup>.

Es posible observar que la evolución del concepto ha sido muy amplia, pasando del enfoque de riesgos al de fortalezas y de la invulnerabilidad a la resiliencia. De este modo, el concepto ha fructificado a partir del análisis de rasgos, procesos, resultados y aplicaciones desde las neurociencias. Una reformulación de todo lo anteriormente descrito es que la resiliencia significa la capacidad para recuperarse después de ser sometido a una presión muy fuerte, superando las pruebas y las crisis, es decir, resistirlas primero y superarlas después para continuar viviendo de la mejor manera posible, lo que implica que el individuo se reconstituya<sup>14</sup>.

Es necesario resaltar que el concepto de resiliencia se relaciona estrechamente con la teoría sobre el vínculo, la cual parte de lo biológico y evoluciona hacia lo afectivo-psicológico en aspectos como la escuela, familia, cultura, religión y política. De ahí que la resiliencia implica la búsqueda de formas para transformar los ambientes, los momentos traumáticos y las situaciones difíciles e inevitables, en nuevas perspectivas y oportunidades<sup>15</sup>. Aunque el mayor desarrollo actual del concepto y estudio de la resiliencia se origina entre la psicología y la psiquiatría, también puede enriquecerse desde la teología, al remontarse a la tradición judía con los profetas que pedían a sus seguidores trascender el sufrimiento mediante la conversión.

En la actualidad se destacan doce dimensiones como parte de la resiliencia: identidad, autonomía, satisfacción, pragmatismo, vínculos, redes, modelos, metas, afectividad, autoeficacia, aprendizaje y generatividad. Es necesario cultivar estas doce dimensiones, pues promueven crecimiento humano y ayudan a

<sup>13</sup> Cf. R. Artuch Garde, *Resiliencia y autorregulación en jóvenes navarros en riesgo de exclusión social, que acuden a programas de cualificación profesional inicial*, Pamplona 2014, 87-96.

<sup>14</sup> A. Theis, "La resiliencia en la literatura científica", en M. Manciaux (comp.), *La resiliencia: resistir y rehacerse*, Barcelona 2003, 50.

<sup>15</sup> S. Gonçalves de Assis - R. Pires Pesce - J. Quintes Avanci, *Resiliência. Enfatizando a proteção dos adolescentes*, Porto Alegre 2006, 57.

formar a las personas que quieran ser agentes de evangelización, tutores de resiliencia en la concienciación de sus propios procesos de cambio<sup>16</sup>.

Los procesos resilientes pueden ser aplicados desde la teología a los seres sufrientes, quienes después de vivir situaciones desdichadas pueden volver a la vida sin repetir la agresión ni victimizar, pues en el momento en que empiezan a levantar la cabeza pueden decir: "Soy afortunado porque Dios está conmigo"<sup>17</sup>. En este sentido, el paradigma de la resiliencia no es una técnica ni una solución mágica, sino que implica la superación del obstáculo vivencial mediante la reivindicación de sí mismo, aunque también ayudaría un conocimiento interdisciplinar en el que converjan diferentes áreas y sectores humanos. Sin embargo, se ha escrito muy poco en cuanto a cómo se pueden conjugar la fe y la resiliencia. En ese sentido, este artículo pretende enfatizar que es posible encontrar esas convergencias entre la resiliencia y las experiencias de fe, y que dichas afinidades aumentan la capacidad de fortaleza de las personas.

### 3. Características de la resiliencia

Como se ha señalado anteriormente, la resiliencia es una capacidad que todo ser humano puede desarrollar en mayor o menor medida, pues es un recurso parcialmente innato, pero también requiere tiempo para tejerse a lo largo de la vida. Esto significa que es posible promover actitudes resilientes mediante el apoyo de personas o instituciones como la familia, escuela, las organizaciones sociales, asociaciones y los diferentes grupos de comunidades cristianas.

Es indispensable comprender que la resiliencia no es una capacidad lograda de una vez y para siempre, tampoco es absoluta, pero sí es dinámica. Por lo tanto, no se puede decir que una persona es resiliente o no lo es, ya que cada momento y cada circunstancia de vida es diferente y en ellos se incluyen los ciclos de vida y los vínculos que dan soporte externamente, además de los elementos culturales. Al observar la capacidad de recuperación de las personas, es posible notar que ciertos procesos pueden ser más rápidos que otros, dependiendo de cada situación y de las personas que colaboren para que un individuo pueda salir adelante de una cuestión adversa. También es posible que algunos acontecimientos anteriores, que no fueron considerados serios, hayan resultado traumáticos al no ser atendidos y resueltos y funcionen en algún

<sup>16</sup> Cf. J. M. Madariaga - M. de las Olas Palma - P. Surjo - C. Villaba - A. Arribillaga, "La construcción social de la resiliencia", en J. M. Madariaga, (coord.), *Nuevas miradas sobre la resiliencia. Ampliando ámbitos y prácticas*, Barcelona 2014, 22-28.

<sup>17</sup> Cf. B. Cyrulnik, *El amor que nos cura*, Barcelona 2005, 175.

momento como disparadores de una crisis. Las fortalezas o vulnerabilidades también varían en cada persona, pues la percepción de los problemas es una cuestión subjetiva, de ahí la importancia de escuchar el relato de lo que siente e interpreta cada individuo, pues "solo él mismo puede narrar y evaluar qué sucedió"<sup>18</sup>. En cada narrativa<sup>19</sup> hay diferentes gestos manifiestos y sentimientos ocultos presentes en la interacción humana.

En síntesis, se considera resiliencia a toda capacidad para superar algún trauma o adversidad. Incluso, se ha llegado a señalar que algunas desgracias pueden contribuir en el proceso de madurez del ser humano, mediante el descubrimiento de un significado más profundo dado a las cosas y a la vida. Así, los valores y la visión cristiana del mundo permiten que las personas vivan el seguimiento a Jesucristo afrontando la adversidad como él afrontó la muerte con la resurrección, lo que significa que Jesús de Nazaret se levantó de la muerte para dar vida abundante.

Por ello, para desarrollar la capacidad de recuperación de una comunidad es necesario descubrir los recursos propios de las personas y los factores protectores que hay en la familia, en el medio ambiente y en la comunidad cristiana. Este proceso se conoce como empoderamiento y se ocupa de identificar los recursos, revelándolos a quienes los poseen, pues a menudo no saben que los tienen y hay que ayudarles a aplicarlos<sup>20</sup>.

La resiliencia consiste entonces, en aprender a expresar de otro modo la propia vida emocional, donde la acción coordinada de la expresión lleve a un mundo más íntimo en el control de las emociones. De hecho, el decálogo de la mentalidad resiliente es el siguiente: 1. Sentirás el control de lo que estás viviendo; 2. Serás resistente al estrés; 3. Serás empático con los que te rodean; 4. Desarrollarás una comunicación interpersonal efectiva con los demás; 5. Buscarás generar habilidades para solucionar tus problemas y tomar tus decisiones; 6. Serás realista con las metas que te propones; 7. Aprenderás del fracaso y del éxito; 8. Serás compasivo y participativo en las actividades

<sup>18</sup> S. Gonçalves de Assis - R. Pires Pesce - J. Quintes Avanci, *Resiliência. Enfatizando a proteção dos adolescentes...*, 2.

<sup>19</sup> Narrar es una experiencia que permite comunicar, expresar y dar a conocer acontecimientos significativos desde la propia historia, puesto que el relato no solo constituye una enumeración de hechos ligados, sino que incluye el sentido de esa relación y la trama explicativa de su conexión experiencial. Relatar es tan viejo como el mundo: Desde siempre, el ser humano, hombre y mujer, relata y se relata. En este sentido, la narrativa es muy importante porque somos organismos contadores de historias y socialmente vivimos vidas relatadas. Cf. M. Connelly - J. Clandinin, "Relatos de experiencias e investigación narrativa", en J. Larrosa - R. Arnaus - V. Ferrer - N. Pérez - M. Connelly - J. Clandinin, *Déjame que te cuente. Ensayos sobre narrativa y educación*, Barcelona 1995, 10-11.

<sup>20</sup> Cf. N. Henderson - M. Milstein, *Resiliencia en la escuela*, Buenos Aires 2003, 20.



comunitarias; 9. Tendrás valores sensatos y te responsabilizarás de las acciones que cometas; 10. Te sentirás digno de amar y ser amado<sup>21</sup>.

Este decálogo permite ver que la resiliencia es una capacidad personal que engloba factores individuales, familiares y ambientales, y que requiere de la participación proactiva de los juicios de las personas. Esto implica el análisis de sus condiciones base, la visión de sí mismos y de sus problemas, así como su respuesta resiliente. Es importante considerar que la interpretación de la conducta del otro o de sus estados emocionales, en muchas ocasiones, se dictamina desde fuera sin considerar que su actuar es una construcción del sujeto con los otros y que la interpretación es, a su vez, una construcción o proyección del observador<sup>22</sup>.

Finalmente, aunque hace algunos años no fuera nombrada y conceptualizada como tal se sabe que, como experiencia, la resiliencia ha estado presente, sin embargo, la tarea continua es trasladarla del concepto al ámbito vivencial y que se pueda aplicar en la formación de las comunidades cristianas. Así pues, es preciso seguir con la tarea de fomentar la resiliencia sabiendo que el análisis racional no se opone a lo vivencial, sino que, por el contrario, se pueden desentrañar muchos significados y muchas preguntas desde la narrativa de cada persona. De este modo, la resiliencia puede modularse en función de los acontecimientos, las personas, épocas y etapas de la vida.

#### 4. Del concepto a la vivencia

Stefan Vanistendael, en una definición pragmática, expresa que: "La resiliencia es la capacidad de una persona o de un grupo para crecer en presencia de muy grandes dificultades. Precisemos: la resiliencia no es fija, sino que varía a lo largo de toda una vida; nunca es absoluta; se construye en interacciones con el entorno, en círculos concéntricos desde las personas más cercanas hasta la comunidad local, incluso el Estado y la comunidad internacional; siempre se encuentra en proceso; y, más allá de la simple resistencia, construye o reconstruye la vida"<sup>23</sup>. En 1995, a partir de sus observaciones sociológicas y demográficas, Vanistendael describió cinco áreas principales que pueden ayudar a promover la resiliencia desde la infancia: 1. redes de apoyo social,

<sup>21</sup> Cf. R. Brooks - S. Goldstein, *El poder de la resiliencia. Cómo superar los problemas y la adversidad*, Barcelona 2010, 19-20.

<sup>22</sup> Cf. E. Saavedra, *El Enfoque Cognitivo Procesal Sistémico, como posibilidad de intervenir educativamente en la formación de sujetos resilientes: estudio de casos*, Valladolid 2003, 5-22.

<sup>23</sup> S. Vanistendael, "Resiliencia: el reto del cambio de mirada", en J. M. Madariaga (coord.), *Nuevas miradas sobre la resiliencia...*, 53.

especialmente de aceptación incondicional; 2. significado de la vida, vinculado a la vida espiritual y a la fe religiosa; 3. habilidades y el sentimiento de control de la vida misma; 4. autoestima, y 5. sentido del humor<sup>24</sup>.

A esto se puede agregar que los principales elementos que favorecen la resiliencia son el amor, la amistad, el descubrimiento del sentido de la vida, la autoestima, así como la capacidad de poder controlar la existencia. Estos favorecen el sentimiento de felicidad en los individuos que vivieron un trauma. Se puede decir que las personas resilientes son como una lucecita de esperanza, pues nos ayudan a reexaminar nuestra vida y nos incitan a tener una actitud constructiva de los problemas<sup>25</sup>.

Para ampliar este tema, en 1996, Vanistendael creó la *metáfora de la casita*, con la cual quiso sistematizar los resultados de sus estudios, observaciones y experiencias en quince países de cuatro continentes. El modelo de la casita es una síntesis de los elementos para la construcción de la resiliencia: para poder construir una casita se parte de los cimientos que representan las necesidades materiales elementales de la comida y los servicios sanitarios básicos. En el subsuelo hay elementos como la familia, los amigos, vecinos, compañeros de escuela y compañeros de trabajo. En la planta baja se sitúa la capacidad de encontrar el sentido y una coherencia de la vida. En el primer piso hay tres habitaciones: la autoestima, las competencias y las aptitudes. Finalmente, el altísimo representa la apertura hacia otras experiencias<sup>26</sup>.

Con esta descripción se puede hacer eco a la pregunta: ¿Quién me da un lugar en la vida? ¿Para quién realmente soy importante? Algunas veces estos cuestionamientos resultan un grito mudo para quienes se sienten abandonados y en soledad, pero muy a menudo también son las preguntas que gritan por dentro jóvenes violentos, agresivos o suicidas. Para promover la resiliencia es necesario plantearse estas preguntas, partiendo de que, para que se pueda sobrellevar una situación difícil, es necesario que una persona se sienta aceptada. Como se ha enfatizado en los planteamientos anteriores, la resiliencia es una característica de todos los seres humanos y se puede activar en todos los ámbitos de la vida. De ahí la tarea de concienciar que el ser humano se construye, incluso, en los fracasos.

<sup>24</sup> Cf. S. Vanistendael, *Cómo crecer superando percances. Resiliencia: capitalizar las fuerzas del individuo*, Ginebra 1995, 6.

<sup>25</sup> Cf. S. Vanistendael "Introducción: un optimismo realista", en S. Vanistendael - J. Lecomte, *La felicidad es posible. Despertar en niños maltratados la confianza en sí mismos: construir la resiliencia*, Barcelona 2002, 19.

<sup>26</sup> *Ibíd.*, 23-24.

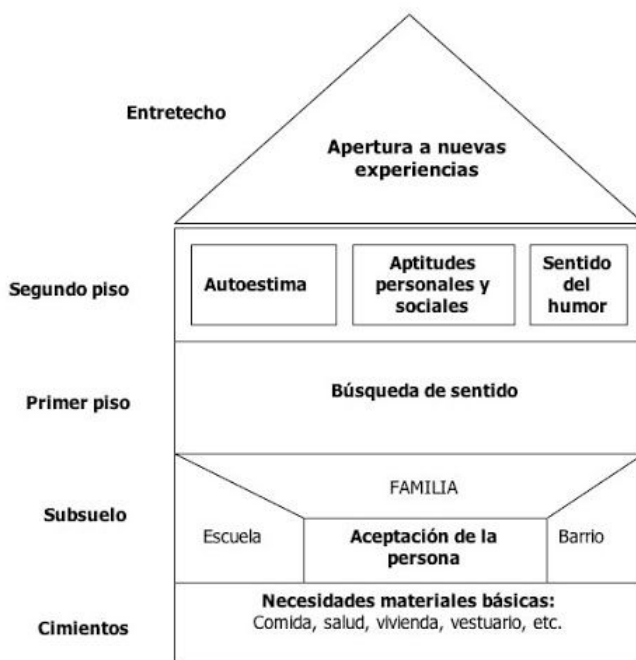


Figura 1. La casita de la resiliencia. Vanistendael y Lecomte

En el *modelo de la casita* cada diseño es dinámico y varía según las culturas y las realidades y también se puede aplicar al análisis de un grupo o de alguna comunidad cristiana en particular, ayudando a discernir en qué lugar de la casa sería importante alentar esfuerzos, lo que permitirá ver qué elementos hay que reconstruir o reforzar. La resiliencia en sí es un desafío que supone una mirada abierta a diversas perspectivas de nuestros compromisos y de la vida. Para Vanistendael estas perspectivas son explicadas en siete etapas: 1. cambios prácticos; 2. ambigüedad de los factores de resiliencia; 3. dimensión ética de la resiliencia; 4. articulación entre resiliencia y otros temas; 5. búsqueda de una metodología de exploración; 6. hacia otra visión de la vida humana; y, 7. el corazón de la resiliencia. Quizá, el cambio fundamental consiste en redescubrir la esperanza realista en los diferentes desafíos de la vida, lo que puede contribuir a un caminar apasionante<sup>27</sup>.

<sup>27</sup> Cf. S. Vanistendael, "Resiliencia: el reto del cambio de mirada", en J. M. Madariaga (coord.), *Nuevas miradas sobre la resiliencia...*, 54-67.

Por otra parte, Melillo expresa que "existe una necesidad del otro, como punto de apoyo que sirva para superar la adversidad"<sup>28</sup>. Esto se verifica mediante los testimonios de niños, jóvenes y adultos resilientes, que tienen en común el hecho de reconocer a una persona significativa que les ayudó a salir adelante en medio de situaciones difíciles. Esto confirma que la aceptación incondicional de una persona que atraviesa una experiencia difícil, puede ayudar a estimular un comportamiento resiliente. A quienes brindan este apoyo incondicional se les llama *tutores de resiliencia*, ya que promueven y favorecen un crecimiento en las personas. Pero un tutor no se entiende como una figura paternalista, sino como alguien que acepta incondicionalmente a quien se encuentra en una situación dolorosa y promueve la confianza, seguridad y esperanza de que es posible superar la adversidad, que vale la pena luchar por eso, y que es posible encontrar otra forma de lidiar con el problema.

De ahí la importancia de formar personas resilientes que aprendan a adaptarse y emerger desde el conflicto con sus fortalezas internas que son, en muchas ocasiones, insospechadas. Este proceso puede gestarse en medio de la interacción, comunicación y el diálogo entre las comunidades cristianas y su entorno. Para ello, es necesario desarrollar la confianza en sí mismos y en sus cualidades, a partir de la promoción de la honestidad como valor indispensable para crear vínculos afectivos saludables. También se debe fomentar el humor en cada integrante de la comunidad cristiana, dando sentido a todos los acontecimientos de la vida, solidarizándose, compartiendo con los otros la propia experiencia de vida y, mostrando flexibilidad y adaptación en medio de los conflictos.

## 5. Fundamentación teológica de la pastoral resiliente

Anteriormente, la espiritualidad cristiana había centrado su atención en la moral y en los méritos y esto ha generado que se vea la salvación como una cuestión de intercambio comercial. En la actualidad, la sociedad es más sensible y se busca humanizar la mirada hacia la enfermedad y el sufrimiento<sup>29</sup>. Ante esto, es importante reflexionar y encontrar respuesta a la problemática del sufrimiento, guiándonos del testimonio de la alegría que brota del encuentro con Jesús y del anuncio del Evangelio. En ello nos puede iluminar la lectura de 2 Cor 4,7-15, dado que el mensaje es que tenemos la capacidad de superar dificultades, traumas y dolores emocionales, saliendo fortalecidos en el proceso

<sup>28</sup> A. Melillo - E. N. Suárez Ojeda - D. Rodríguez (comps.), *Resiliencia y subjetividad. Los ciclos de la vida*, Buenos Aires 2004, 64.

<sup>29</sup> Cf. J. C. Bermejo, "Resiliencia y espiritualidad", *Revista de espiritualidad* 78 (2019) 561.

por la alegría pascual que nos da el Evangelio. Esta reflexión desea iluminar nuestro camino institucional para vivir con mayor plenitud una Iglesia evangelizada y evangelizadora, siendo el perdón y la misericordia una realidad personal que se va desarrollando desde la interioridad de todos los bautizados. A continuación, se presenta el texto bíblico tomado de la versión de la Biblia de Jerusalén:

Pero llevamos este tesoro en recipientes de barro para que aparezca que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no de nosotros. Atribulados en todo, mas no aplastados; perplejos, mas no desesperados; perseguidos, mas no abandonados; derribados, mas no aniquilados. Llevamos siempre en nuestros cuerpos por todas partes el morir de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. Pues, aunque vivimos, nos vemos continuamente entregados a la muerte por causa de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. De modo que la muerte actúa en nosotros, mas en vosotros la vida. Pero teniendo aquel espíritu de fe conforme a lo que está escrito: Creí, por eso hablé, también nosotros creemos, y por eso hablamos, sabiendo que quien resucitó al Señor Jesús, también nos resucitará con Jesús y nos presentará ante él juntamente con vosotros. Y todo esto, para vuestro bien a fin de que cuantos más reciban la gracia, mayor sea el agradecimiento, para gloria de Dios (2 Cor 4,7-15).

En este texto, al referirse a los recipientes de barro, San Pablo expresa la fragilidad que encuentra en las propias aflicciones y perplejidades, pero señala que no estamos abandonados porque el consuelo de Dios se encuentra en la alegría pascual del Evangelio, que nos lleva a impulsar la teología de la Iglesia en salida misionera. Este paradigma evangelizador funda un "sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo" (EG 27). En este sentido, es importante desarrollar en las comunidades el kerigma, el diálogo inter-trans-disciplinar ha de ayudar a crear redes institucionales y continuar la investigación. Estamos llamados a compartir la alegría de Jesús en el estudio teológico de la Palabra de Dios que lleva a experimentar comunitariamente el gozo de la verdad, donde las personas busquen el bien para el otro, compartiendo su alegría cuando le va bien, además de participar del amor divino porque "Dios ama al que da con alegría" (2 Cor 9,7). Estamos invitados no solo a alegrarnos con los demás, sino también a buscar caminos para gozar juntos la verdad de Dios, ya que la vida feliz es el gozo de Dios que es la verdad.

En este sentido, el desarrollo de la espiritualidad es fundamental porque establece tres ejes esenciales: la búsqueda de sentido (dimensión intrapersonal); la búsqueda de armonía con los demás, pero también ante el conflicto con la reconciliación (dimensión interpersonal); y la búsqueda de trascendencia o ir más allá de uno mismo (dimensión transpersonal). De este modo, es posible observar las diferentes dimensiones del ser humano que requieren ser

atendidas y, por ello, es necesario concienciarlas a partir de una pastoral con sentido resiliente<sup>30</sup>.

Esta pastoral implica el reconocimiento de la identidad y los derechos de todas las personas, mostrándoles que el Evangelio aporta una gran riqueza de procesos resilientes en los que Jesús de Nazaret devuelve la dignidad y plantea la necesidad de que se comunique su mensaje a todos. En los evangelios, Jesús de Nazaret es un Dios que evidencia las particularidades de la reconciliación, el acompañamiento personal y el acompañamiento comunitario como manifestaciones del Reino de Dios que supone procesos de resiliencia. Esto se debe a que este Reino es un todo relacional que es necesariamente transformación: no es cuestión de comprender ideas, sino de entrar en relación con el otro para poder experimentar al Dios de la vida. Por eso, la resiliencia reposa en los evangelios de forma realista integrada con la esperanza: no se trata de glorificar el sufrimiento, sino de hacerlo algo constructivo<sup>31</sup>.

Es preciso enfatizar que quienes han sufrido violencia necesitan ser escuchados, pues cuando narran lo que sufrieron y se sienten comprendidos y aceptados comienzan a percibir un sentimiento de autoestima, pertenencia y contención<sup>32</sup>. Por el contrario, vivir con la sensación de devaluación personal parece ser uno de los pocos eventos adversos que, en sí mismo, tiene la capacidad de afectar el potencial de superar los problemas<sup>33</sup>. Por ello, en las comunidades cristianas es necesario fomentar la confianza, aceptando el temperamento y carácter de cada persona, motivando a quienes sufren a no aislarse y a compartir con los otros sus preocupaciones, alentándoles a pedir ayuda<sup>34</sup>.

Como se observa, la resiliencia es una cuestión trascendental, por ello se debe promover una pastoral resiliente a través de diferentes acciones como la generación de más grupos de apoyo para personas que comparten motivos de sufrimiento: inmigrantes, sobrevivientes de tragedias naturales, pacientes con la misma enfermedad o dependencia, personas con discapacidad, familiares de alcohólicos, entre otros. Ya sea a través de situaciones directas, o bien, a través de conexiones, estos grupos de apoyo son fundamentales para generar resiliencia, de hecho, algunos ya se ubican en la Iglesia. La labor es mostrarles que la resiliencia es un camino que les puede permitir actuar con sentido del humor

<sup>30</sup> Cf. T. Redondo Elvira - C. Ibañez del Prado - S. Berbas Abad, "Espiritualmente resilientes. Relación entre espiritualidad y resiliencia en cuidados paliativos", *Clínica y salud* 28 (2017) 117-121.

<sup>31</sup> Cf. M. S. Rodríguez Arenas, *La resiliencia como vivencia del Reino de Dios. Lectura teológica de la Resiliencia*, Bogotá 2013, 59-60.

<sup>32</sup> A. Melillo - E. N. Suárez Ojeda - D. Rodríguez (comp.), *Resiliencia y subjetividad...*, 74.

<sup>33</sup> S. Gonçalves de Assis - R. Pires Pesce - J. Quintes Avanci, *Resiliência. Enfatizando a proteção dos adolescentes...*, 49.

<sup>34</sup> P. A. Michaud, "El adolescente y el médico: para una clínica de la resiliencia", en M. Manciaux (comp.), *La resiliencia: resistir y rehacerse...*, 82.

ante la adversidad, lo cual no debe confundirse con un mecanismo de evitación, sino que el sentido del humor tiene la capacidad de incorporar una situación dolorosa en la vida cotidiana, convirtiéndola en algo más llevadero y positivo<sup>35</sup>.

## 6. Hacia una Iglesia misionera con sentido resiliente

Durante el último tercio del siglo XX asistimos a la aparición de una serie de desarrollos teológicos que apuntan a un resquebrajamiento de la teología tradicional. Ante esto, la teología ha abierto nuevos espacios, horizontes y voces en el ámbito del diálogo con otras ciencias. En este proceso la teología se redescubre en su dimensión narrativa. En este marco ha comenzado a hablarse de la necesidad de una mayor contextualización, término que comienza a aplicarse al ámbito teológico en la década de 1970. En 1973 los teólogos asiáticos Shoki Coe y Aharon Sapseizian reclaman una mayor contextualización de la teología, pidiendo al Programa de Educación del Consejo Ecuménico de Iglesias que se desarrollara un programa de teología contextual. Dos años antes, en 1971, D. J. Elwood y P. L. Magdamo publicaron el libro *Christ in Philippine Context*, en el que señalan que la inculturación conlleva experimentar, comprender y apropiarse del Evangelio a través de los recursos culturales en que se desarrollan los pueblos<sup>36</sup>.

Es así como el término *contexto* fue asumido de manera pronta por la Asociación de teólogos y teólogas del Tercer Mundo. Las teologías de la liberación, la teología afroamericana, la teología negra sudafricana, las teologías feministas, la teología *mijung* de Corea o la teología *dalit* de la India, forman parte de lo que se denomina teologías contextuales. Todas ellas afloraron en las décadas de 1970 y 1980 cuando las teologías en Europa y Norteamérica parecían no responder a las necesidades y problemáticas de esas comunidades. Esta contextualización fue impulsada por las orientaciones de la exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi*, que inaugura el pluralismo cultural, la comprensión antropológica de la cultura, el redescubrimiento de la Iglesia local y a una teología renovada desde la misión. Sin embargo, el reto de estas teologías está en lograr la necesaria catolicidad, además de superar sus dificultades conceptuales en el proceso de contextualización de la fe<sup>37</sup>.

<sup>35</sup> S. Vanistendael, *Cómo crecer superando los percances. Resiliencia: capitalizar las fuerzas del individuo*, Ginebra 1995, 26.

<sup>36</sup> Cf. C. Márquez Beunza, "La contextualización como nuevo horizonte de la teología", en G. Uríbarri Bilbao (ed.), *Contexto y nueva evangelización*, Madrid 2007, 15.

<sup>37</sup> *Ibid.*, 16-17.

Por otra parte, la apertura al pluralismo cultural ha tenido luces y sombras desde los inicios de la fe, específicamente en el nacimiento de la escuela de Alejandría que estuvo marcada por un fuerte proceso de inculturación. De hecho, la propia ciudad de Alejandría era el lugar idóneo para el mestizaje cultural. La escuela alejandrina nace en una apertura a todos los ámbitos del saber, pero no sucedió lo mismo en la Siria aramea o el norte de África que se centraron en sus propias tradiciones. Por lo tanto, es necesario decir que el diálogo fe-culturas está estrechamente relacionado con las condiciones históricas en que se desarrolla el cristianismo. Este proceso se llevó a cabo con problemas de interpretación, sin embargo, se mantuvo la unión en tres líneas de reflexión: los no creyentes, la iniciación de los creyentes y su profundización en la fe. Estas líneas llevan a ver que la escuela de Alejandría, debido a su apertura al conocimiento, tuvo un gran avance en el proceso de consolidación interna del cristianismo. No obstante, también hubo proyectos de carácter elitista, minusvaloración de los influjos culturales denominados *gnosis*, ciertos componentes idealistas y en algunos maestros alejandrinos prevalece la imagen del *Logos* como maestro y legislador sobre el Cristo redentor, o leído en carácter subordinacionista. Así, con sus luces y sombras, la escuela de Alejandría fue una comunidad concreta que se fue haciendo Iglesia<sup>38</sup>.

Por otra parte, el punto de partida de una Iglesia misionera es el decreto "*Ad gentes*", en el cual queda claro que "la Iglesia peregrinante es misionera por naturaleza, puesto que toma su origen de la misión del Hijo y del Espíritu Santo, según el designio de Dios Padre (AG 2)". Evidentemente, la fuente de inspiración de la acción misionera de la Iglesia es la Palabra revelada que se nos entregó de manera definitiva, pero lo que va cambiando son los planteamientos del mundo contemporáneo. Esto pone de manifiesto la necesidad de la Iglesia de tener una cercanía física y espiritual en medio del mundo, partiendo de que el Evangelio no tiene cultura propia ni identidad cultural y puede ser vivido en todas las culturas, porque todas son proyectos de vida.

El Evangelio es gracia de Dios en expresiones humanas, por ello necesita del soporte cultural, pues no existe una cultura modelo o pura para la evangelización. Se evangeliza a partir de una determinada cultura que es también atravesada por estructuras de pecado. Sin embargo, no se evangelizan las estructuras de pecado, sino a las personas. Por ello, se intenta transformar las estructuras y los sistemas a partir del Evangelio. De hecho, Jesús para explicar la voluntad de Dios, se sirvió de todas las circunstancias de la vida y de lo culturalmente disponible: no tomó prestado ni importó elementos culturales para

<sup>38</sup> Cf. F. Rivas Rebaque, "Escuela de Alejandría: los contextos en la primera inculturación de la fe", en G. Uríbarri Bilbao (ed.), *Contexto y nueva evangelización...*, 90-97.



explicar los misterios de Dios. A pesar de la sencillez de su cultura, explicaba los misterios del Reino con un lenguaje comprensible. Este proceso exige distinguir tres niveles: aquel que en el Evangelio representa el contenido normativo (las experiencias de la acción de Dios en la historia), el que tiene valor paradigmático (parábolas), y el que es convencional. Este último nivel permite ver que ninguna cultura se puede valorar como superior o inferior, primitiva o avanzada porque todas las culturas están atravesadas por impases frente a las contingencias de la vida y de la muerte<sup>39</sup>.

Por lo tanto, no hay cultura perfecta, pero detrás de todas nuestras características personales y de los factores familiares en que nos desenvolvemos, es necesario aprender a ser constructores de buenas noticias, teniendo en cuenta la densidad y riqueza de nuestras comunidades cristianas, ya que ellas son una red de apoyo social con la que contamos como cristianos. En otras palabras, es necesario adoptar una perspectiva sistemática que contemple a las comunidades cristianas como comunidades de vida, tanto próxima (familia), como distal (cultura). El nivel socioeconómico no es un factor importante para la construcción de comunidades con sentido resiliente, mientras que la educación sí es un factor que, en muchas ocasiones, impide que las personas sepan dar nombre a sus problemáticas sociales. De ahí la importancia de generar entornos sociales, familiares y escolares adecuados<sup>40</sup>.

Por ello es necesario generar acciones para consolidar una Iglesia misionera con sentido resiliente dentro de las modalidades principales, que son: 1. Acción misionera con los más alejados (primer anuncio), que viene del testimonio de la vida y del lenguaje vivo de Jesucristo, Hijo de Dios, hecho hombre, muerto y resucitado que ofrece salvación a todos; 2. Acción misionera con los "otros alejados de la fe", los que se alimentan ocasionalmente con (precatequesis). Para ello hay que desarrollar una pedagogía adecuada, presentando la fe enlazada con la vida, teniendo creatividad para buscar nuevos caminos y posibilidades de misión respaldando los testimonios en las comunidades, saliendo de la comodidad de las casas parroquiales, sembrando gratitud, amor y solidaridad. La tarea permanente es anunciar a Jesucristo en la vida cotidiana, los foros de ocio, diversión, educación, cultura, política, sociedad y familia, en pocas palabras, como comunidad cristiana necesitamos enriquecer los vínculos afectivos significativos y sólidos que ayuden a promover una actitud de amor.

<sup>39</sup> Cf. P. Suess, "Cuestiones introductorias a la misionología", en J. Bottasso (ed.), *Teología de la Misión: Introducción a la Misionología*, Quito-Ecuador 2012, 9-26.

<sup>40</sup> Cf. J. García, *Afrontando la adversidad: resiliencia, optimismo y sentido de la vida*, Tenerife 2016, 76.

Todo esto fijando límites claros, firmes y razonables, y enseñando habilidades para dar vida en abundancia<sup>41</sup>.

Por eso necesitamos conocer la realidad, aprendiendo a preguntar qué ocurre a nuestro alrededor, estableciendo relaciones donde predominen más las razones que los sentimientos. Por ello, es necesario ampliar las posibilidades de crear grupos interparroquiales que equilibren el bienestar propio y ajeno, así como potenciar la capacidad de explorar y afrontar situaciones complejas, activando y desarrollando la creatividad y el humor. Esto se logrará en la medida en que se eduque la capacidad de juzgar, valorando la bondad o maldad de los mensajes que se transmiten<sup>42</sup>.

No se trata de reinventar la Iglesia, sino de redescubrir y consolidar la Iglesia de la Trinidad que es Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo, Templo del Espíritu Santo. El reto es traducir la comunión en corresponsabilidad y misión. Necesitamos pues, de una Iglesia samaritana que vea que todos tenemos la misma dignidad y todos estamos enviados para la misma misión. Por eso, es importante ver la sana pluralidad de la Iglesia en sus diversos dones, vocaciones, carismas y ministerios. Se trata de hacer posible una Iglesia que vive la fe, el amor y la esperanza y que se sienta llamada a equilibrar todas sus dimensiones, tanto en el mundo rural como en el mundo urbano, con sus problemas y sus esperanzas. Seguimos creciendo en una Iglesia de sinodalidad y sinérgica, reconociendo y potenciando los diversos ministerios, carismas, funciones, estados y vocaciones con los que el Espíritu enriquece a su Iglesia.

En fin, lo que se busca es una Iglesia encarnada que peregrina hacia la nueva Jerusalén. Por eso, es necesario fomentar una Iglesia misionera con sentido resiliente que nos ayude a establecer una relación personal de tú a tú, descubriendo los aspectos positivos y confiando en las capacidades de los demás. También hay que empatizar y comprender los diversos puntos de vista, actitudes y comportamientos, evitando gestos, palabras y conductas denigratorias y ridiculizadoras hacia las personas, ante la comprensión de que las necesidades y exigencias de los demás son distintas de las propias. Por eso, necesitamos transmitir valores, normas y actitudes resilientes a través del propio comportamiento<sup>43</sup>.

<sup>41</sup> Cf. R. Berzosa - G. Galetto, *Hablemos de nueva evangelización: para que sea nueva y evangelizadora*, Bilbao 2012, 84-85.

<sup>42</sup> Cf. J. García, *Afrontando la adversidad...*, 88.

<sup>43</sup> Cf. R. Berzosa - G. Galetto, *Hablemos de nueva evangelización...*, 143-144.

## 7. Conclusiones

La resiliencia es un modo de proceder ante la vida que permite a las personas y a las comunidades cristianas salir adelante en medio de sus adversidades, obstáculos y contrariedades, porque Dios nos invita a reconstruir la vida después del dolor, mediante las distintas formas en que se puede vivir con resiliencia. Esto se entiende así porque Jesús nos ha revelado con sus palabras y obras que Dios no quiere que vivamos inmiscuidos en el sufrimiento, sino que le demos gloria con nuestra vida.

Esto implica tener una actitud resiliente, que es básicamente contar con sensibilidad espiritual ante lo que acontece en las comunidades, para así lograr una introspección que permita trascender lo que han vivido y que puedan sentir la presencia de Dios en sus vidas. De forma que, la superación de las adversidades es fruto de un encuentro sanador entre los agentes evangelizadores con sentido resiliente y las comunidades cristianas en las que se desenvuelven. Esta dinámica humanizadora es la que va a permitir al otro descubrir su sentido de vida. Este proceso se realiza muchas veces en esos silencios, abrazos, miradas que comunican comprensión y aceptación, en este sentido, se afirma que la resiliencia es un vínculo que sana mediante la afectividad.

Por otra parte, aunque la literatura sobre resiliencia todavía no es exhaustiva al hablar de religiosidad, fe o espiritualidad, el sentido de la vida, indudablemente, se vincula con la espiritualidad y la fe religiosa. Esto permite ver que la experiencia religiosa y la participación en una comunidad cristiana son factores promotores de resiliencia, que ayudan a aceptar las adversidades como una forma de luchar con esperanza por una transformación. Es más, sostengo que la experiencia religiosa y la espiritualidad pueden ser un poderoso recurso terapéutico para la recuperación, curación y generación de resiliencia en las comunidades cristianas.

Crear en Dios y perdonar en su nombre al que ha hecho daño, es un escudo protector importante para adquirir resiliencia. En este sentido, no se puede justificar una fe cristiana violenta contra sí mismo o contra los demás, pues no se cumpliría el mandato de Dios que es la no-violencia, porque lo que Él quiere es que todos tengamos vida tranquila en un mundo de generosidad, misericordia y justicia sin los sobresaltos de la venganza y el odio. Y el Reino de Dios se debe construir en el aquí y el ahora, de ahí que nuestra tarea como cristianos es dar a conocer ese reino, mostrando todo el amor que Dios nos ha dado por ser portadores de vida.

Finalmente, la resiliencia desafía a la teología, pues hay que tomar conscientemente la necesidad de colocarse en una perspectiva de esperanza y preguntas. Los opiniones deterministas y pesimistas de algunos grupos cristianos

se deben a su dolor exacerbado y a la exclusión social por diversos motivos, por ello, la promoción de la resiliencia se convierte en una necesidad y obligación. Como se ha señalado a lo largo de este artículo, el camino para la promoción de la resiliencia se establece en la experiencia de muchas personas que, a lo largo de la historia, han logrado crecer, superándose y rehaciéndose cuando parecía que no había salida. Quizá, la resiliencia cristiana está en la prefiguración más natural de la dinámica de la cruz y la resurrección<sup>44</sup>. La resiliencia es una respuesta a las adversidades de la vida, una mirada positiva de aquellos que viven en situaciones de riesgo graves para observar, identificar y resolver esa sensación de soledad de quienes sufren.

## Bibliografía

- Artuch Garde, *Resiliencia y autorregulación en jóvenes navarros en riesgo de exclusión social, que acuden a programas de cualificación profesional inicial*, Pamplona 2014.
- Bermejo, J. C., "Resiliencia y espiritualidad", *Revista de espiritualidad* 78 (2019) 559-589.
- Berzosa, R. - G. Galetto, *Hablemos de nueva evangelización: para que sea nueva y evangelizadora*, Bilbao 2012.
- Bravo, B., *¿Cómo hacer pastoral urbana?*, México 2013.
- Brooks, R. - S. Goldstein, *El poder de la resiliencia. Cómo superar los problemas y la adversidad*, Barcelona 2010.
- Brown, R. - J. Fitzmyer - R. E. Murphy (eds.), *Nuevo Comentario Bíblico San Jerónimo*, Estella 2004.
- Charpentier, E., *Para leer el Nuevo Testamento*, Estella 1983.
- Connelly, M. - J. Clandinin, "Relatos de experiencias e investigación narrativa", en J. Larrosa - R. Arnaus - V. Ferrer - N. Pérez - M. Connelly - J. Clandinin, *Déjame que te cuente. Ensayos sobre narrativa y educación*, Barcelona 1995, 11-24.
- Cyrulnik, B., *El amor que nos cura*, Barcelona 2005.
- Echeburúa, E., *Superar un trauma. El tratamiento de las víctimas de sucesos violentos*, Madrid 2004.
- García, J., *Afrontando la adversidad: resiliencia, optimismo y sentido de la vida*, Tenerife 2016.
- Gonçalves de Assis, S. - R. Pires Pesce - J. Quintes Avanci, *Resiliência. Enfatizando a proteção dos adolescentes*, Porto Alegre 2006.
- González-Carvajal Santabárbara, L., "El sujeto evangelizador en un mundo globalizado", en G. Uríbarri Bilbao (ed.), *Contexto y nueva evangelización*, Madrid 2007, 101-122.
- Henderson, N. - M. Milstein, *Resiliencia en la escuela*, Buenos Aires 2003.
- Jacobs, J., *Muerte y vida de las grandes ciudades*, Madrid 2011.

<sup>44</sup> S. Vanistendael, *Cómo crecer superando los percances...*, 26.

- Kasper, W., *La misericordia: clave del Evangelio y de la vida cristiana*, Santander 2015.
- Madariaga, J. M. - M. de las Olas Palma - P. Surjo - C. Villaba - A. Arribillaga, "La construcción social de la resiliencia", en J. M. Madariaga (coord.), *Nuevas miradas sobre la resiliencia. Ampliando ámbitos y prácticas*, Barcelona 2014, 11-30.
- Márquez Beunza, C., "La contextualización como nuevo horizonte de la teología", en G. Uríbarri Bilbao (ed.), *Contexto y nueva evangelización*, Madrid 2007, 15-47.
- Melillo, A. - E. N. Suárez Ojeda - D. Rodríguez (comps.), *Resiliencia y subjetividad. Los ciclos de la vida*, Buenos Aires 2004.
- Michaud, P. A., "El adolescente y el médico: para una clínica de la resiliencia", en M. Manciaux (comp.), *La resiliencia: resistir y rehacerse*, Barcelona 2003, 75-86.
- Ramírez, A., "El papel de la teología en la evangelización de la cultura desde sus raíces", *Cuestiones teológicas* 28 (1983) 5-16.
- Redondo Elvira, T. - C. Ibañez del Prado - S. Berbas Abad, "Espiritualmente resilientes. Relación entre espiritualidad y resiliencia en cuidados paliativos", *Clínica y salud* 28 (2017) 117-121.
- Rivas Rebaque, F., "Escuela de Alejandría: los contextos en la primera inculturación de la fe", en G. Uríbarri Bilbao (ed.), *Contexto y nueva evangelización*, Madrid 2007, 49-100.
- Rodríguez Arenas, M. S., *La resiliencia como vivencia del Reino de Dios. Lectura teológica de la Resiliencia*, Bogotá 2013.
- Rutter, M., "Psychosocial Resilience and Protective Mechanisms", en J. Rolf - A. Masten - D. Cicchetti - K. Nüchterlein - S. Weintraub (eds.), *Risk and Protective Factors in the Development of Psychopathology*, Cambridge 1990, 181-214.
- Saavedra, E., *El Enfoque Cognitivo Procesal Sistémico, como posibilidad de intervenir educativamente en la formación de sujetos resilientes: estudio de casos*, Valladolid 2003.
- Sánchez Mielgo, G., *Claves para leer los evangelios sinópticos*, Salamanca 1998.
- Suárez Ojeda, E. N. - M. Munist - D. Rodríguez, *Seminario internacional sobre la aplicación del concepto de Resiliencia en proyectos sociales*, Buenos Aires 2004.
- Suess, P., "Cuestiones introductorias a la misionología", en J. Bottasso (ed.), *Teología de la Misión: introducción a la Misionología*, Quito-Ecuador 2012, 9-34.
- Theis, A., "La resiliencia en la literatura científica", en M. Manciaux (comp.), *La resiliencia: resistir y rehacerse*, Barcelona 2003.
- Torres, C. A., "La ciudad espacio de inclusión y exclusión", en C. A. Torres - F. Vivescas - E. Pérez (eds.), *La ciudad: hábitad de diversidad y complejidad*, Bogotá 2000, 318-349.
- Vanistendael, S., "Introducción: un optimismo realista", en S. Vanistendael - J. Leconte, *La felicidad es posible. Despertar en niños maltratados la confianza en sí mismos: construir la resiliencia*, Barcelona 2002, 17-42.
- Vanistendael, S., "Resiliencia: el reto del cambio de mirada", en J. M. Madariaga (coord.), *Nuevas miradas sobre la resiliencia. Ampliando ámbitos y prácticas*, Barcelona 2014, 53-67.
- Vanistendael, S., *Cómo crecer superando percances. Resiliencia: capitalizar las fuerzas del individuo*, Ginebra 1995.

- Werner, E. - R. Smith, *Vulnerable but Invincible: A Longitudinal Study of Resilient Children and Youth*, New York 1982.
- Ximenez, S., *Dictionarium manual latino-hispanum*, Madrid 1827.